

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—REVISTA DE TEATROS, por D. Francisco Flores Arenas.—CUENTOS FANTÁSTICOS, escrito en alemán por Erckann Chatrian.—ESCENAS MARÍTIMAS, por D. Baldomero Menendez.—GEOGLÍFICO.

REVISTA DE TEATROS.

PRINCIPAL: *compañía lírica*.—BALON: *El Beneficiado*.

Hánse abierto las puertas del teatro Principal de Cádiz precisamente el mismo día en que se abrían las del de San Fernando de Sevilla, ámbos dependientes de la misma empresa. En este último actúa el Sr. Romea con su falange dramática corregida y aumentada. Mucho nos alegramos, por si la marea teatral nos le trae por acá de nuevo, como vivamente deseamos á fuer de aficionados contumaces á esta clase de espectáculo.

Pero dejando á un lado lo que podrá ó no podrá suceder andando el tiempo, digamos algo de la compañía lírica que nos ha tocado en suerte. No podrá ser mucho lo que tengamos que decir, porque una sola ópera no puede autorizarnos para formar y menos para emitir una opinión definitiva, máxime por nosotros, completamente profanos á los misterios de la filarmonía, y que en su consecuencia solo juzgamos por nuestras impresiones propias, no guiadas por el conocimiento del arte.

Ahora bien, sabido es que tenemos á la Sra. Peruzzi y á los Sres. Selva y Paccini, lo cual constituye una excelente base; pero no pudiendo aun tomar parte en las tareas de la compañía la expresada *prima donna*, ha tomado á su cargo esta vez el papel de Eleonora en *El Trovador* la Sra. Micheli, nueva aquí, y de la que vamos á ocuparnos brevemente.

Esta cantante es jóven, extremadamente jóven, y no fuera justo exigir de ella que posea lo que solo le es dado alcanzar á la experiencia y al largo estudio. Una voz de muy agradable timbre, extensa y sana, ya es algo, mejor diremos, ya es mucho, cuando hay además, como aquí, buena afinación.

Lo demás es obra del tiempo y del trabajo: es decir, que la Sra. Micheli irá ganando terreno de día en día, puesto que á sus buenas dotes une voluntad y corazón. Así es que, no obstante que luchaba en esta ópera con los excelentes recuerdos de artistas tan consumadas como la Peruzzi y la Spezzia, el público la ha aplaudido repetidas veces y aun la ha hecho salir á la escena después de algunas piezas y de algunos actos.

La segunda novedad ha sido la Sra. Bellochio, que en su calidad de contralto estuvo encargada del papel de Azucena.

Esta señora no tenía que arrostrar comparaciones peligrosas, pero aun cuando se hubiese visto en semejante caso habria triunfado de todos los recuerdos, porque es toda una artista, porque sabe dar á su canto un agradabilísimo colorido y á su acción toda la verdad del arte. Gustó extraordinariamente, y se comprendió desde luego que habia sido una feliz adquisición.

El Sr. Ghislanzoni, que ha reemplazado á Landi en la parte de tenor absoluto, se hallaba en una posición harto desventajosa en esta ópera. Landi es uno de los cantantes á quienes cuesta más trabajo olvidar; su voz vibra aun en los oídos de un público que lo aplaudia siempre, que lo aplaudia con frenesí pocos meses há en esta misma partitura, y ya se sabe lo que puede el recuerdo de impresiones tan buenas y tan recientes. Por otra parte, el Sr. Ghislanzoni evidentemente no estaba en voz, su garganta se notaba velada, y todos saben lo que es para un tenor una ópera de Verdi, una ópera como *El Trovador*.

No quiere esto decir que no fuese aplaudido. Lo fué en algunas piezas, pero la verdad es que el público no sabe aun lo que será, puesto que no quiere juzgarlo sino en el lleno de sus facultades, y en otras óperas donde para nada influyan sus recuerdos.

Respecto á Paccini diremos, no que ha estado tan bien como siempre: eso sería poco, diremos sí que ha estado como nunca. Su hermosa voz ha adquirido con el descanso una robustez y una energía admirables. Al presentarse fué acogido con un aplauso. Bien merece esta muestra espontánea de simpatía un artista que trabaja con alma y vi-

da y que á nada se niega jamás. Eso aun prescindiendo de su mérito.

La ópera se ha aplaudido en las varias noches que lleva de repeticion.

Con el título de disparate cómico, título que le sienta á las mil maravillas, se ha puesto estos dias en escena en el Balon una cosa llamada *El beneficiado* ó sea *República teatral*, arreglada del francés por D. Ramon Valladares. Digamos algo de ella.

D. Emeterio Tropezones, antiguo apuntador, ha obtenido una funcion para su beneficio, y á fin de hacerla mas llamativa, compromete á trabajar en ella á un cómico de grandes quanto infundadas pretensiones llamado D. Silverio Cadente, á D. Becuadro Cantiny, tenor de municion, y á la bailarina Mme. Petipié. La funcion ha de componerse de una tragedia y una zarzuela, cuyas dos obras así en el verso como en la música son parte de un pobre diablo flaco, sucio y feo llamado D. Facundo, que intenta con el producto de su pluma *in utroque* salir de miseria y hasta tomar estado con la hija del apuntador en cuestion.

Llegado que es el dia del beneficio, Mme. Petipié y los Sres. Cadente y Becuadro envian cada cual por su parte á casa del beneficiado esquelas pidiendo docenas de palcos y centenares de butacas, amen de otras localidades mas humildes, á fin de repartirlas á los amigos que se han comprometido á aplaudirlos; precaucion muy necesaria por cierto. Por ausencia del beneficiado, su muger despide con cajas destempladas á los mensajeros, teniendo en cuenta el fundadísimo motivo de que sumadas las localidades que se le exigen componen un número muy superior al total de las que comprende el teatro; y eso sin tener en cuenta que si todo se lo llevan ¿qué le queda al beneficiado?

Esta repulsa produce sus naturales efectos, y los artistas desairados hacen noticiar al apuntador que no cuente con ellos bajo el pretesto de ronqueras y dislocaciones que les obstruyen sus respectivas facultades artísticas.

Terrible era el golpe, pero D. Emeterio, práctico en la ciencia de los bastidores, no pierde del todo la esperanza, y llevándose á remolque al menguado autor, se presenta en primer lugar en casa de Cadente con el pretesto de informarse de su interesante salud y recomendarle que se cuide, toda vez que semejante contratiempo no afecta á su beneficio, puesto que de la parte que él iba á desempeñar se compromete á encargarse un jóven aficionado de grandes esperanzas y notorio mérito. Añádele que varios periodistas que protegen al nuevo artista le han ofrecido encomiarlo con motivo de esta funcion, y que hay ya preparadas flores y coronas. La intriga surte su efecto, y el Sr. Cadente declara que no permitirá en manera alguna que un advenedizo le usurpe su papel, y que quiere por consecuencia tomar parte en la funcion. D. Emeterio, para remachar el clavo, le prueba una corona de laurel que lleva escondida bajo la levita, asegurándole que le será arrojada aquella noche.

Lo propio sin quitar ni poner coma pone el apun-

tador en práctica respecto al Sr. Becuadro, que, como el otro, habia pretestado ronquera, y como él, no se aviene á arrostrar agenas comparaciones. La adulacion, las súplicas y las promesas de una ovacion ya preparada vencen á la bailarina, y una vez que las dificultades han desaparecido va á comenzar la funcion.

La mujer del beneficiado luce en un palco su sombrero de plumas. El telon se alza y salen unos moros; el actor no sabe el papel y se traba de palabras con el apuntador; el representante de la empresa sale entonces y dice que por indisposicion de varios actores no pueden ejecutarse las obras anunciadas; diversos espectadores reclaman pidiendo su dinero; en fin, el beneficiado ofrece que se suplirá la falta con otras piezas, y se concluye este disparate mucho mas disparatadamente que empezó.

Esa obra no puede juzgarse en serio. Destinada exclusivamente á hacer reir, lo consigue, y muy especialmente en el Balon, donde el Sr. Sanchez Albarran estuvo delicioso. Pero fuera de eso, la repeticion de idénticas situaciones desenvueltas casi con idénticas palabras, la abundancia de personajes completamente inútiles y que ni aun sirven para divertir al público, y sobre todo, aquel último acto que parece prometer tanto y en el que nada sucede, son cosas que perjudican en extremo á la marcha de la obra, que escrita con algo mas de conciencia no careceria de elementos para poder haber sido no un disparate, sino una comedia mejor ó peor, pero al cabo comedia, al cabo algo.

La gente mucha: las carcajadas atronadoras.

La Luisa Medina y Ambrosio aplaudidísimos como siempre.

El Balon no puede quejarse de la temporada.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITOS EN ALEMAN

POR ECKANN CHATRIAN.

CRISPINUS Ó LA HISTORIA INTERRUMPIDA.

I.

La víspera de San Teodoro mi anciana y buena sirvienta Gredel, quiso hacerme un obsequio delicado; ella conoce mi flaco por el johanisberg, y aun á veces me riñe porque se figura que es mi única pasion en el mundo; pero se engaña, pues tambien á ella la tengo mucho cariño.

Al volver de la taberna donde mis amigos habian celebrado dignamente mi cumpleaños, y al abrir la puerta de mi antigua casa de la calle de Capuchinos.... ¿qué es lo que veo sobre mi mesa?

Un bonito cántaro lleno de vino, con el cuello largo como el del cisne, el vientre muy repleto y coronado con un hermoso ramo de margaritas.

Tomo el ramillete y le estrecho sobre mi corazón exclamando:

—Oh Gredel!.... Gredel!.... ¡alma antigua, buena y hermosa criatura!.... ¡No puedo manifestarte ahora mi entusiasmo.... sin duda estás durmiendo porque ya es tarde.... pero te admiro y hago votos por tu felicidad!....

Luego examino el contenido del cántaro: era johannisberg.... rico johannisberg rancio del año XXXIV.

Entonces mi ternura llegó al colmo.... derramé lágrimas generosas, y me prometí recompensar á Gredel con unas cuantas varas de cintas de color de rosa, una basquiña de lana de mucho abrigo y un par de zapatos nuevos.

Entre tanto quise hacer honor á su regalo; levanté el cantarillo respetuosamente, le llevé á mis labios.... y luego, en medio de un sosiego inalterable, encendí mi pipa y corté mi pluma.

Habéis de saber, queridos amigos míos, que yo necesito el silencio y el recogimiento para escribir; el ruido de una carreta, el chasquido de una ventana, el grito gangoso de un vendedor callejero me sacan de mis casillas.

Si me dejara llevar de mis intenciones, sería capaz de degollar al viejo judío Isaac, que dos veces por semana viene á decirme si le quiero comprar un par de tirantes.

Mis nervios se crispan.... y me daría á todos los diablos.

Pero en la noche.... oh!.... qué felicidad!.... qué quietud tan dulce!.... Ni un soplo, ni un murmullo me interrumpen.

Sentado en medio de mis libros en el vasto aposento del piso bajo, con la cabeza en las manos y el codo sobre la mesa.... paso largas horas entregado á mis meditaciones.

La puerta de la calle está bien cerrada y la vuelvo la espalda. Delante de mí se abre la cocina sombría.... veo á la derecha la boca del hornillo cerrada con una placa de metal.... la piedra de la chimenea con leños apagados.... y debajo del horno un hueco donde Gredel arroja las cenizas. A la izquierda está la escalerilla de caracol, y debajo la puerta de la cueva.

Todo esto alumbrado vagamente por mi escasa luz; la sombra se adelanta, retrocede, y yo me río en mi interior de esa lucha incesante de la luz y las tinieblas.

En fin, por los cristales del ventanillo del fondo descubro la choza del corral cuando hace luna, y á su lado el monton de gavillas de leña salpicadas de luz blanquecina.

Hé ahí mi única perspectiva.... lo único que necesito yo para el trabajo.

Mientras el grillo escondido detrás de la estufa de hierro canta su queja melancólica, yo dejo correr mi pluma al antojo de la inspiración.

A veces escribo historias chistosas.... y otras las escribo terribles; esto depende del tiempo que hace, de las personas que he encontrado, y preciso es confesarlo, de lo que he bebido en la noche con mis amigos.

Además, no cuento otras muchas causas que sería muy largo enumerar.

Pero lo que prefiero ante todo es lo fantástico.

Deciros, verbigracia, el placer que experimento en contar los desposorios del diablillo Hawitz, que se divierte en tender redes sobre la yerba para cojer gusanos de luz, sería imposible.

Los detalles se agolpan en mi imaginación sin esfuerzo, sin fatiga.... brotan como de una fuente.... toda la boda desfila ante mis ojos; yo la veo.... y la sigo.

Primero van los altos señores de la corte en traje de toda gala.... los príncipes y las princesas, los favoritos y las favoritas haciendo su entrada triunfal bajo el domo de la campanula violeta.... La orquesta de los grillos en anfiteatro en el salón del palacio de musgo.... las pompas de las tres cigarras con mantos verdes, puestas en jarras, soplando á mas no poder en sus instrumentos de esmeralda para convocar á las poblaciones que están lejos.... El paseo nocturno bajo las girándulas de rocío que reflejan las estrellas en la inmensa avenida de peregil y de sándalo.... el movimiento de los penachos.... la agitación de los abanicos.... el corte de las casacas.... la escarcha diamantina de los aderezos....

Luego, la vuelta al palacio.... el gran maestro de ceremonias gritando:—"Silencio!"—Las seis falenas-antorchas de pié entre las columnas del peristilo y adornadas con sus cascos negros.... el capricornio proclamando los desposorios, los bravos de la muchedumbre, los murmullos lisonjeros de los cortesanos....

En suma, nada se me olvida, y de tiempo en tiempo levanto el jarro pintado de flores que mi vieja Gredel tiene cuidado de llenar de rica cerveza todas las noches.

El silencio es tan profundo, que suelo oír el trocillo del raton entre la leña seca.

A fuerza de escribir, de fumar y de beber, mi espíritu adquiere una lucidez espantosa. Los objetos se cubren ante mis ojos de una luz indefinible; y ¡cosa singular! hasta me sucede que veo desfilar en realidad las quimeras de mi espíritu....

Ahora bien; en la noche aquella estaba inspirado, y planté en una hermosa página de papel blanco, este título.

"HISTORIA MARAVILLOSA DE LA FLOR AMARILLA Y DEL HUSAR DE LA MUERTE."

Y despues comencé en estos términos la extraña relación de mi amigo Sathaniel:

"En 1819, el mismo año en que Karl Sand asesinó á Kotzebue, era yo alférez en el regimiento de Húsares de la Muerte, que entonces estaba de guarnición en Maguncia.

No lejos de esta ciudad en las montañas del Hundsruock, se elevan las ruinas de Triefels. De toda la llanura del Palatinado se descubren cerca de las ruinas de Geiestein que coronan un peñon

cercano. Son antiguos castillos de emboscada destruidos por Turenne en 1673.... tristes restos corroidos por el musgo y la yedra.

Yo iba con frecuencia á Triefels, subiendo por las hermosas selvas del Bergstrasse. No me llevaba allí el sentimiento poético ni el gusto por la soledad, sino un capricho singular y terrible del que debo dar cuenta.

En medio de una de esas torres ruinosas se encuentra á flor de tierra un pozo de unos veinte piés de anchura y profundo como la montaña. Echando en él una piedra se la oye resonar contra el muro durante algunos segundos; el ruido se va debilitando por la distancia, hasta que por fin se pierde.

El atractivo del misterio y quizá del peligro me llamaba á mí á ese lugar: yo me acercaba al pozo, y me asomaba á contemplar una flor grande y amarilla que habia echado raices á pocos piés de la boca.

Esta flor tenia algo de estraño que me cautivaba.... Habia querido cogerla para mirarla de cerca.... pero siempre en el momento de intentar un movimiento aventurado para alcanzarla, me parecia oír voces lejanas en el fondo del abismo....

Un aire frio y húmedo me daba en el rostro y me helaba hasta la médula de los huesos.

Entonces, como atontado por haber estado mirando tanto tiempo, me quitaba del pozo, y me ponía á respirar el aire exterior, y admiraba la luz deslumbradora del dia, la verdura, las zarzas, las ortigas y la montaña que se destacaba en el azul del cielo.

Primero me alejaba de la ruina á paso lento, como retenido por muchos lazos que se iban rompiendo uno á uno; y luego sintiéndome libre, me lanzaba por la escarpada cuesta.

Mi vista estaba oscurecida por las lágrimas, y exclamaba:

—No, no volveré nunca!

Y de este modo regresaba á mi cuartito de la calle del Arsenal, saludando á los amigos, á las ventanas y á las casas, como si hubiese escapado de algun peligro.

Los médicos han discutido mucho sobre la locura, cuestion ambigua ante la cual retrocede la inteligencia sobrecogida de espanto.

Desde el *delirium tremens* en que el enfermo se arroja de su lecho á cuatro patas, corre por el suelo y se imagina coger ratones.... hasta la sensacion fugitiva que atraviesa el espíritu como un rayo y os hace coger una mosca fantástica.... las variedades de la locura son innumerables.

Que se atribuya este estado de obsesion á la materia, como el médico.... ó que se atribuya á la intervencion de las potencias ocultas, como el poeta y el místico, ¿qué importa? El libre albedrío está perdido, la voluntad sucumbe, y no sois mas que el instrumento ciego de una fuerza irresistible.

Tal era, preciso es confesarlo, el estado de mi espíritu en aquel tiempo; una melancolía profunda habia reemplazado mi buen humor y me dominaba completamente.

Una vez encerrado en mi cuarto, y bien resuelto

á no poner mas los piés en las ruinas, habria podido crearme libre de esa tiranía del sentimiento; pero al cabo de pocos dias la atraccion se hacia sentir.... Yo trataba de distraerme con la lectura de Puffendorf.... imposible!

De súbito la flor amarilla me se aparecia.... estaba allí.... en la sombra.... la veia....

El libro se caia de mis manos, y con la boca y los ojos abiertos la contemplaba como en un sueño.

Deciros lo que esa vista me horrorizaba seria superior á mis fuerzas....

Un sentimiento de terror helaba mi sangre.... habria querido levantarme.... pedir socorro; pero me hallaba clavado en mi sillón, y cuando gracias á un esfuerzo supremo podia exhalar un suspiro.... todo desaparecia!....

Entonces aniquilado y sin aliento, pero aliviado de un peso enorme, pasaba la mano por mis párpados ardientes y murmuraba:

—Sin embargo, tendré que volver al pozo!....

Y al otro dia, que lloviera ó que hiciera sol, despues de haber llenado mi servicio, estaba en camino.... no para ir á Triefels, sino para pasearme en torno de la ciudadela, para respirar el aire del campo....

No obstante, apenas habia llegado al sendero de Bergstrasse, sin saber cómo, echaba á correr hácia la montaña, y me reia como un loco.... pensando en la flor amarilla....

Una curiosidad inmensa me llevaba hácia el abismo.

Por fin, jadeante.... y con el corazón latiendo fuertemente.... me encontraba cerca....

Entonces me detenía un minuto, mirando de lejos las tinieblas de la torre y diciéndome:

—No iré.

Pero era demasiado tarde.... ¡habia que marchar sin remedio!....

Y llegaba temblando; mis dientes se entrechocaban.... vacilaban mis piernas.... ardia de fiebre.... un sabor amargo se extendia por debajo de mi lengua y hasta en el fondo de mi garganta.... luego mis ojos se acostumbraban á la oscuridad.... descubria la flor.... sin alegría, sin amor, pero con un deseo espantoso de poseerla.

Debajo el golfo sombrío, tenebroso, se abria como para tragarme.... pero ni lo reparaba.... yo no lo veia....

Apoyado en la pared con las manos cruzadas á la espalda y adelantados los piés, miraba y miraba la flor amarilla."

II.

A este punto de la *Historia de la flor amarilla y del húsar de la Muerte* llegaba yo, y debia principiar á contar cómo Crispinus, el guardian de los tesoros enterrados por los avaros, se habia aparecido á mi amigo Sathaniel bajo la forma de un lagarto verde, cuando al sacudir las cenizas de mi pipa.... veo en frente de mí sobre la piedra de la chimenea.... nada menos que al mismo Crispinus.

Ya sabeis que la forma ordinaria de Crispinus es la de un conejo blanco.

Hallábase sentado en medio de las tinieblas; á su izquierda en la sombra, habia una escoba y unas tenazas.

Su silencio era profundo, y clavaba en mí sus ojazos con una atencion singular.... sus largas orejas se elevaban y se bajaban alternativamente.

Figuraos mi estupor.

Al punto me dije que Crispinus venia para impedirme que revelara al mundo lo que Sathaniel me habia contado de su malicia verdaderamente diabólica, y confieso que esta idea me estremeció hasta lo sumo.

No podriais imaginar la extraordinaria inteligencia que se pintaba en la mirada del maldito. No creo que ninguna mirada humana posea semejante penetracion, ni una finura tan sutil.

Evidentemente trataba de juzgarme y de conocerme.

Unas veces me miraba de cara.... entonces su cabeza estrecha y alta se parecia á la frente de un diablillo con cuernos....

Otras me observaba con un ojo no mas.... y entonces su perfil tomaba un aire de candor sorprendente.

Pero yo adivinaba su astucia.

De cuando en cuando pasaba rápidamente sus patas sobre sus bigotes como hacen los conejos; pero esto lo hacia para engañarme.

Yo permanecia inmóvil y le miraba, no sin aprension; pero bien resuelto á resistirle si es que él me atacaba abiertamente.

—Crispinus, me decia yo; por mas que hagas, no me impedirás que revele al mundo las cosas que Sathaniel me ha dicho de tí.... Porque otros tiemblan y encomiendan su alma á Dios al ver tus ojos encendidos.... ¿piensas que me das miedo? No lo creas. Teodoro conoce sus deberes, y todas las potencias infernales no conseguirán que deje de cumplirlos. Sí, vuelve la cabeza y menea las orejas.... todo eso me importa poco.... Ah! ya no engañarás á nadie para llevarle á los abismos, con tus historias de tesoros enterrados en antiguas cisternas.... yo te respondo de ello.

La sombra que le rodeaba favorecia su táctica; agitándose en medio de las tinieblas pensaba fascinarme; pero gracias al cielo, yo estaba alerta.

Sin embargo, á fuerza de mirarle, mis ojos se turbaron, y tuve que sacar el pañuelo para enjuagarlos.

Crispinus que no esperaba mas que un segundo de distraccion, partió al galope hácia mí con la cabeza baja, el lomo en el aire y el rabo levantado.

Yo pude oír su paso veloz, y como no esperaba un ataque tan atrevido, salté de la silla lanzando un grito terrible.

La silla rodó por el suelo, y la vela cayó sobre la mesa aunque sin apagarse.

Yo acababa de levantarla con cuidado, cuando apareció Gredel en paños lijeros y recogiendo bajo su papalina las largas mechadas de su cabello cano.

A la vista de su buen semblante, mi corazon se desahogó algun tanto.

—Dios mio! exclamó: qué es lo que pasa?

—Aquí está Crispinus! la respondí sudando á mares.

—Qué locura!..., seguro que habreis bebido con exceso.

Esta reflexion me sorprendió. Eché una mirada á la mesa, y ví que efectivamente el cantarillo estaba vacío.

—Pues no habia caido en ello!....

Y miraba á Gredel con aire estupefacto, cuando Crispinus saltó de repente entre mis piernas y desapareció bajo el hornillo como un rayo.

—Ahí está! dije yo; se esconde en la ceniza!....

Pero Gredel, lejos de espantarse, metió el brazo en el agujero hasta el hombro, cogió al animal de las orejas, y luego enseñándomele con aire vencedor:

—¡Ja, ja, ja! ¡mi conejo!... exclamó, en tanto que sus grandes dientes amarillos, anchos como teclas de piano, aparecian detrás de una inmensa carcajada... Le he comprado para celebrar vuestro cumpleaños, y mañana le pondré en el asador... ¡Ja, ja, ja!

Esta explicacion no me pareció natural.

Recordaba que Hazelnoss en su *Demonologia comparada*, afirma haber visto un Kobold perseguido de cerca, trasformarse súbitamente en gato negro, y no dudaba que Crispinus hubiese seguido la misma táctica; viéndose á punto de ser cojido, se habia endosado la venerable figura de un verdadero conejo.

Esto me pareció evidente; pero por no asustar á Gredel no quise decir nada, y hasta fingí reirme de mi propio terror.

Por lo demás, la premura de mi anciana criada para socorrerme, me habia conmovido. La dije cuánto agradecia su regalo, la dí dos besos en sus mejillas, y luego se subió á su cuarto.

Cuando hubo salido, quise continuar la *Historia maravillosa de la flor amarilla y del húsar de la Muerte*; pero la inspiracion se habia desvanecido; el pájaro azul habia volado.

Quise escribir; pero no hice mas que dormirme en frente de mi vela, con la nariz sobre la mesa y la pluma en la mano.

¡Respeto al valor desgraciado!

Fin de Crispinus ó la historia interrumpida.

ESCENAS MARITIMAS.

UN NAUFRAGIO EN ALTA MAR.

(CONTINUACION.)

Como en tal estado, los esfuerzos de un hombre solo por extraordinarios que fuesen no bastaban á guiar la fragata en medio de tan horrorosa tempe-

tad, puse mi destrozado corazón en Dios, y me bajé á la cámara á esperar la muerte, con la cual contaba de una manera casi segura, procurando ocultar á mi querida hija lo desesperado de nuestra situación, pues era un golpe demasiado imprevisto y terrible para que la infeliz pudiera soportarlo sin prepararla de antemano. Además, presentia escenas demasiado angustiosas para que espontáneamente me arrojase á prepararlas, haciéndola ver la proximidad de la muerte que nos tendía sus decarnados brazos.

Afortunadamente para mi proyecto, la luz que ardía en nuestro camarote se había encerrado por precaución en un farol de talco al principiar la borrasca, y su claridad era tan ténue y amarillenta, que no la permitió leer en mi semblante pálido y desencajado, como forzosamente lo estaría, los crueles tormentos que me desgarraban el alma.

Contesté á sus preguntas aparentando una tranquilidad y una calma, que como comprendereis muy bien, amigos míos, estaba muy lejos de tener; la dije algunas palabras sobre la probabilidad de que el huracán cesase pronto de azotarnos, la estreché en mis brazos conteniendo apenas las lágrimas que se preparaban á vender mi secreto, y la rogué que se acostase.

Y la infeliz se acostó, sin sospechar siquiera que el catre que la recibía podía ser de un momento á otro su tumba, y yo me acosté también para destruir así hasta el último de sus recelos.

Algun tiempo después la marejada se fué calmando por grados bastante sensibles; el viento era cada vez menos impetuoso, y mi hija se durmió á las dos horas, no sin advertirme antes repetidas veces su extrañeza al no sentir ruido de voces ni de pasos sobre el puente, y al notar que ninguno de los individuos que ocupaban la cámara principal y los camarotes inmediatos al nuestro bajaban á descansar.

¡Quién le hubiera dicho á la infeliz que todos aquellos hombres, unas horas antes tan jóvenes, tan robustos, tan alegres, estaban ya en la eternidad!....

Ya comprendereis, queridos amigos míos, cuán dolorosa sensación produciría en mi alma cada una de sus observaciones y preguntas. Su instinto de mujer le anunciaba un gran peligro en el silencio que reinaba sobre cubierta, pero no sabía explicárselo, no podía creer en el espantoso desastre que acababa de tener lugar á bordo, por más que se hubiese presentado como probable á su acalorada fantasía en medio de los temores siniestros que la tenían sobrecogida.

Por más esfuerzos que hice para llamar en mi auxilio la conformidad y la calma; por más que quise confiar en la omnipotencia del Altísimo, me fué de todo punto imposible conciliar el sueño en toda la noche, y si hubo algunos momentos, que fueron muy contados por cierto, en que la esperanza ofrecía á mi enferma imaginación algún medio probable de salvación, al pensar en mi hija me estremecía de espanto y caía de nuevo en un abatimiento inexplicable.

Si estuviese solo, mi corazón, sobrado familiarizado con los peligros desde la niñez, no hubiera desfallecido seguramente, y esperaría resignado la suerte que al cielo le pluguiese depararme; pero la idea de ver morir á mi hija querida después de mil angustias y tormentos, era sobrado desgarradora para que dejase de anonadarme, y más cuando consideraba tan seguro y tan próximo nuestro fin.

La fragata era, como os he dicho ya, un magnífico buque; pero ¿cómo podía yo esperar que resistiese sin colarse por ojo, la furia con que los desencadenados elementos la combatían desde la puesta del sol?

Después de seis horas de tormento amaneció, y la claridad del día me prestó algún aliento y disipó una parte de mis funestos presagios. Mi hija dormía con la tranquilidad de un ángel, y subí de nuevo sobre cubierta, haciendo el menor ruido posible para que no se despertase.

El tiempo había calmado casi por completo, la marejada era ya poco considerable y disminuía de impetuosidad por instantes, y el viento se había llamado al S.; y aunque bastante fresco, me hizo conocer que el huracán había pasado, y que no había nada que temer por parte de los elementos.

Pareciéndome imposible que no se hubiese salvado del naufragio alguno de los marineros, recorrí de nuevo todos los camarotes de proa, y estaban desiertos, completamente desiertos.

Con el fin de asegurarme del estado en que se hallaba el interior del buque, me acerqué á las bombas, dejé caer en una de ellas la sonda, y al sacarla se heló la sangre en mis venas, y tuve que cogermelo con ambas manos á lo poco que había quedado del palo mayor para no caer al suelo: la fragata tenía cinco pies de agua en la bodega, cuando en la tarde anterior apenas había cinco pulgadas. Las escotillas estaban perfectamente cerradas, y no habiendo podido entrar por ellas una cantidad tan considerable de líquido, era indispensable que el casco hubiese sufrido durante el temporal averías que me sería imposible reparar.

Un golpe seco y bastante fuerte que sonó en aquel momento en el costado de babor y á las inmediaciones de la mesa de guarnición del palo trinquete, vino á sacarme de mi aturdimiento; me acerqué á la borda para ver lo que había producido aquel choque; el mastelero de velacho, sujeto por uno de sus aparejos que con la precipitación se había quedado sin picar, seguía al buque á flor de agua y chocaba de punta contra el costado con toda la violencia que las olas le imprimían. La parte del casco que había estado recibiendo sus duras embestidas durante toda la noche se hallaba en muy mal estado, y comprendí desde luego que bastaba aquella sola avería para echarnos á pique antes de veinte y cuatro horas.

Corté al instante el cabo que retenía al mastelero, tomé apresuradamente del camarote que había ocupado el maestro calafate algunas herramientas, una porción de estopa, un barrilito de alquitran, una plancha de plomo y algunos cla-

vos, y me bajé á la bodega á reparar en lo posible aquella terrible avería.

Por la union vertical de dos tablas que habian cedido al choque, entraba en el buque un chorro continuo que tendria como pulgada y media de diámetro. Calafateé como pude aquella terrible hendidura, clavé sobre la parte lastimada la chapa de plomo, y despues de cerciorarme, en cuanto la carga del buque me lo permitia, que el resto de los fondos se hallaba en muy buen estado, subí sobre cubierta algo mas tranquilo.

Mi pobre niña, pálida como un cadáver, estaba de pié é inmóvil como una estatua de piedra junto á la entrada de la cámara, paseando su vista casi extraviada por aquella escena de desolacion.

En cuanto me vió asomar por la escotilla, corrió hácia mí con los brazos abiertos, tan ciega, que estuvo á punto de precipitarse en la bodega, y se arrojó en los mios, sollozando con una opresion y una violencia que me desgarraban el alma.

La infeliz habia comprendido que estábamos solos, y medido todo el horror de nuestra situacion, y me costó muchísimo trabajo convencerla de que con el auxilio de Dios podiamos salvarnos de la muerte. Tras unos momentos de terrible angustia en que no podia desprenderse de mis brazos, prorumpió en llanto, y las lágrimas la tranquilizaron.

Al fin, ella por mí y yo por ella, concluimos por disimular recíprocamente nuestros temores y los funestos presentimientos que nos asaltaban, y nos esforzábamos de tal modo en aparecer serenos y tranquilos, que hubo instantes en que la sonrisa entreabrió nuestros labios.

Ya comprendereis, amigos mios, el doble martirio que atormentaria nuestras almas en aquella horrible soledad.

Como sucede siempre al principio de un viaje largo, abundaban á bordo el bizcocho y los víveres de todas clases, y el almacén del agua se hallaba en muy buen estado, de modo que por esta parte tan esencial no habia motivo para que nos inquietásemos.

Con el fin de suplir la falta del fogon que los golpes de mar se habian llevado, arreglamos en uno de los ángulos de popa una pequeña cocina hecha de tablas forradas con planchas de cobre, que trajimos del camarote del despensero los útiles necesarios, encendimos nuestra lumbre, y mi pobre niña, que gracias á los cuidados de su buena madre, habia aprendido cuanto conviene que sepa una mujer llamada á ser algun dia dueña de su casa, preparaba la comida con el mejor acierto y voluntad, mientras yo estaba al timon ó me dedicaba á otras faenas mas penosas.

Tranquilo algun tanto por esta parte, y mas aun al ver la conformidad con que mi hija sobrellevaba las fatigas y el peligro, sin que se la escapase á mi vista la queja mas insignificante, ni mostrase el menor sobresalto; bajé á la cámara, examiné el diario de navegacion que llevaban el capitán y los dos pilotos, consulté la carta hidrográfica en que el oficial de derrotas iba marcando la nuestra,

y deduje de todos mis cálculos y observaciones, que debíamos hallarnos próximamente unas noventa ó cien millas al S. E. de la isla Rodrigo.

Si la fragata no estuviese desarbolada y fuese posible que un hombre solo manejase convenientemente el aparejo, nos bastaban diez ó doce horas de un regular andar para ponernos á la vista de sus costas; mas ¿qué podiamos hacer sin palos y sin un palmo de vela que largar?

Pero como el hombre halla siempre para conjurar el peligro fuerzas y recursos sobrehumanos, mientras el abatimiento no se apodera de su ánimo, conseguí colocar ayudado de mi hija y despues de un ímprobo trabajo, un aparejo á proa, largamos en él uno de los juanetes de repuesto y un foque, que se hincharon poco despues á impulso del viento S. que corria, y me puse al timon, gobernando en vuelta del N. O., con la esperanza de recalar á una de las Mascareñas ó á la costa oriental del Africa.

A pesar de la poca vela que llevábamos, como que el viento era bastante fresco y la mar se habia calmado casi enteramente, anduvimos toda aquella tarde á razón de mas de dos millas por hora.

Llegó la noche, y continuamos lo mismo hasta las doce, sin que los horizontes, á quienes preguntábamos sin cesar por una vela que pudiera socorrernos, respondiesen á nuestra ansiedad.

Yo me sentia algo rendido con las emociones y el trabajo, y era natural que mi pobre niña lo estuviese mucho mas. La supliqué con insistencia que se bajase á descansar, y viendo que se negaba enteramente á dejarme solo, tendí el antejo de noche, aunque sin fruto, en todas direcciones, trinqué la rueda del timon para que el buque siguiese en la misma vuelta si el tiempo no cambiaba, reconocí cuidadosamente nuestro aparejo, y despues de encomendar á Dios la fragata, nos bajamos á la cámara con el pesar interior de tener que abandonar el buque á su propia suerte por espacio de unas horas, exponiéndonos á cambiar de rumbo por cualquier accidente y á desandar parte del camino con tanto trabajo recorrido; pero temí por la salud de mi hija, y ante esta consideracion hubieron de ceder todos mis temores y recelos.

Me parece inútil asegurarnos, mis queridos amigos, que el sueño habia huido completamente de mis párpados ante la inmensidad de los peligros que nos cercaban, y que expiaba los cortos instantes en que mi hija se quedaba dormida para subir sobre cubierta á examinar el tiempo y la marcha de la fragata. Afortunadamente para nosotros, esta seguia navegando lentamente en la misma direccion, favorecida por el viento.

Poco despues de amanecido, volvimos los dos á nuestras faenas; sondeé de nuevo las bombas, y aunque el agua habia aumentado, era en cantidad muy insignificante para que me inspirase cuidado. Con todo, me puse á picar las bombas en cuanto mis gastadas fuerzas me lo permitieron, sin obtener, como era natural, grandes resultados.

Así se pasaron ocho dias que nos parecieron ocho siglos, sin que lográsemos avistar la tierra,

sin que apareciese por los horizontes la mas insignificante vela de quien esperar socorro. Nuestras fuerzas y nuestra esperanza se iban agotando por momentos, nuestra salud se quebrantaba de una manera notable, y el buque, á pesar de que yo no cesaba dia y noche de picar las bombas, tenia ya ocho piés de agua en la bodega.

En vano reconocí los fondos, apartando mediante desesperados esfuerzos algunos fardos y cajones de la carga ayudado por mi hija; en vano llené de estopa y alquitran las costuras que se hallaban en mal estado, y clavé chapas de plomo y de cobre en diferentes puntos: la ávería, ó era general, ó no acertaba á dar con ella, y en vez de acortarse el agua, aumentaba por instantes. ¡Y yo veia el peligro sin poder evitarlo, y tenia que ocultárselo á mi hija! ¡Y esto sucedia estando la mar como un estanque, y sin que la fragata trabajase lo mas mínimo!....

Y sin embargo, la esperanza de encontrar dias antes ó despues una costa hospitalaria, no nos abandonó un solo momento, mientras el Sur sopló con alguna fuerza, y esto sostenia algun tanto nuestras abatidas fuerzas y nuestro espíritu decaído.

Pero amaneció el dia noveno; el viento principió á decaer poco despues de la salida del sol, continuó aflojando durante toda la singladura, y á la entrada de la noche nuestras pequeñas velas se hallaban completamente en relinga, y fué preciso arriarlas para que no echasen abajo el aparejo con sus violentas y continuas sacudidas.

Media hora despues estábamos en calma chicha.

¡En calma chicha, mis buenos y queridos amigos! ¡En ese estado de ansiedad que ningun marino puede soportar jamás con paciencia! ¡La fragata sin adelantar una sola braza y á merced de las corrientes que nos apartaban de la costa: los horizontes mudos á todas horas, el agua aumentando á bordo de una manera terrible, mi hija enferma, pálida y extenuada como un cadáver, y yo desfallecido y sin aliento, sostenido únicamente por la fiebre que principiaba á devorarme!

¡Y esta situacion angustiosa, prolongada y con síntomas cada vez mas terribles por espacio de tres dias!

Por fin, al interrogar en la mañana del cuarto á los horizontes, descubrí con el catalejo, aunque distante, muy distante aún por la parte del O. una fragata que gobernaba á toda vela en vuelta del N. E. Lancé un grito de alegría, el antejo se cayó de mis manos, y tuve que cogerme fuertemente á la borda para soportar de pié la impresion que en mí produjo la vista de aquel auxilio que la divina Providencia nos enviaba en lo mas horrible de nuestra adversidad.

Mi pobre niña saltaba de placer, y me abrazaba y besaba en los primeros momentos con un delirio sin igual, y reia y lloraba como si su razon se hubiese extraviado.

Media hora despues la superficie del grande Océano principió á rizarse á impulso de un S. E. fresquito, que permitia al buque avistado navegar casi en

popa cerrada sobre nosotros, aproximando el instante de nuestra salvacion.

¡Qué satisfechos estábamos en aquellos momentos! Nuestras fuerzas se reanimaron como por encanto; la esperanza, ó mejor dicho, la seguridad de escapar á una muerte cruel que creíamos inevitable veinte minutos antes, nos hizo olvidar todos los tormentos, todas las penalidades de los dias anteriores, y al ver que la fragata venia en demanda nuestra, almorzamos aquella mañana con un placer y un apetito imponderables.

Cuando nos pareció que el buque podia vernos perfectamente hasta desde su alcázar de popa izé y arrié repetidas veces el juanete para llamar su atencion, largué despues en su lugar el pabellon francés, que bajé y subí tambien sin descanso por espacio de algunos minutos y concluí por amorronarlo.

Aunque el buque no contestaba á nuestras repetidas señales, como debia contestar para darnos á entender que nos habia visto y que se disponia á socorrernos, no nos causaba por entonces la menor inquietud, porque le veiamos venir sobre nosotros, y á continuar navegando en la misma vuelta, habia de pasar muy cerca de la *Jóven Amalia*.

El viento afrescaba demasiado; las olas principaron á engrosar con una rapidez ascendente, azotando con violencia nuestros costados y manteniendonos en un balance continuo; los cajones de que se componia parte de nuestra carga flotaban ya en la bodega, y producian un choque espantoso contra los fondos; y sin embargo nada de esto nos inquietaba: el buque solo distaba unas cinco millas, seguia gobernando al N. E., y nuestra situacion, por desesperada que fuese, no podia prolongarse mas allá de una hora por poco que aquel buque anduviese.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Hombre beodo al revés mira todo.

EDITOR RESPONSABLE:

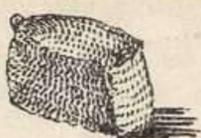
DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

El



had



CERTA TO